

CAPÍTULO II

EL CONCEPTO DE CULTURA

La cultura es a menudo concebida con demasiada estrechez. De esta forma, a la definición resultante le falta tanto alcance como percepción, amplitud y profundidad. Hay gente, por ejemplo, que identifica la cultura con el refinamiento de los modales, la cortesía social y la urbanidad, con el barniz de la sociedad formal. Para otros, es sinónimo de buen gusto en el decorado interior, la pintura, la música y la literatura. Pero tal cultura individual no es concebible sin la cultura de la sociedad como un todo, pues la persona completamente culturizada es un fantasma, como nos lo recuerda T. S. Eliot.¹

Sin embargo, la idea de que el desarrollo del aspecto artístico, científico o social de la naturaleza del hombre constituye la cultura es totalmente demasiado estrecha. El hombre completo debe estar involucrado, y todos los aspectos de la vida humana tienen relación con el asunto. Por lo tanto, William T. Herridge está en lo correcto cuando dice que “Una persona totalmente culturizada es una quien se

halla completamente madura en todos los aspectos de su vida, de manera que es capaz de cumplir el propósito de su creación.”² Esto es en alguna manera reminiscencia de la famosa idea de Matthew Arnold de que la cultura es la “búsqueda de nuestra perfección total por medio de escudriñar para conocer, sobre todos los asuntos que más nos interesan, lo mejor que ha sido pensado y dicho al respecto en el mundo.”³ La cultura recomendada por Arnold es, por encima de todo, una operación interior, “buscando desinteresadamente en su meta hacia la perfección ver las cosas como realmente son” (*Ibid.*, p. 37). La cultura, para Arnold, es un estudio de la perfección, para hacer que prevalezcan la razón y la voluntad de Dios. Pero mientras la religión y la cultura dicen que la perfección humana es interna, la cultura va más allá de la religión al buscar el desarrollo armónico de todos los poderes que conforman la belleza y que es digno de la naturaleza humana

1. *Notas para una Definición de la Cultura* (New York, 1949), p. 21.

2. “Cultura,” *La Reseña Presbiteriana*, IX, p. 389, citado por H. H. Meeter en *Calvinismo* (Grand Rapids, 1939), p. 80.

3. “Un Ensayo sobre Cultura Política y Social” en *Cultura y Anarquía* (New York, 1897), p. XI.

(*Ibid.*, pp. 8-10).

Arnold, como incluso los liberales admitirán hoy, yerra en dos direcciones, a decir, concibe con demasiada estrechez tanto a la religión como a la cultura. Para él la idea dominante de religión es aquella de conquistar las faltas obvias de nuestra naturaleza animal y de la naturaleza humana sobre el lado moral (*Ibid.*, p. 19). Sin embargo, la religión, como se demostrará en el siguiente capítulo, es un asunto de mucha “mayor profundidad y un proceso más complejo” de lo que Arnold supone.

Con respecto a la cultura, la cual en verdad busca la perfección en el sentido de realización, Arnold es demasiado ingenuo cuando habla de ella como dulce y llena de luz. Pues la cultura no es lo opuesto a la depravación. Una sociedad caracterizada por la reflexión, sensibilidad a la belleza, inteligente y viva, no necesariamente llena el estándar divino (cf. Pablo, Romanos 1:21ss.; 3:10ss.). La fe de Arnold en la cultura Helénica como una cura para el anarquismo de la libertad por la libertad misma es patética. Lo que Arnold, como un Helenista e intelectual liberal no comprendió, es el hecho de que la contemplación intelectual y la razón no determinan el curso de la vida del hombre, que no son la fuente principal de la acción. Él fracasó en aceptar la doctrina bíblica de que los asuntos de la vida brotan del corazón (Prov. 4:23). En consecuencia, él es básicamente sub-Cristiano en su pensamiento.

Arnold falló en ver aquello que Emil Brunner vio y estableció con claridad, que la cultura como tal no puede salvarnos. La cultura como tal no humaniza al hombre, aunque es cierto que sin cultura un hombre

no puede ser humano. “Entonces, la civilización y la cultura, no son en sí mismas lo opuesto al mal y a la depravación. Se pueden convertir en los mismos instrumentos del mal y en fuerzas negativas, como en cierta medida siempre lo han sido... en sí mismas no garantizan el carácter verdaderamente humano de la vida.”⁴

Otro serio defecto en la concepción de Arnold es su restricción de la cultura al mejoramiento y perfección del hombre en sí. Es totalmente humanista, centrado en el hombre. No hay apreciación en esta concepción del llamado del hombre a sojuzgar el universo y a regir sobre él en el Nombre de Dios. Arnold deploraba el hecho que la universidad produjera ingenieros, mineros, arquitectos y fallara en producir dulzura y luz. Él es, en este respecto, de la misma opinión con Newman quien mira como la meta de una educación liberal la producción de caballeros, de eruditos y del refinamiento en general. Pero esto no alcanza la misma meta de la cual hablan estos eruditos en términos tan entusiastas, a decir, de ver la vida completa, de alcanzar la integración y la unidad del carácter. Pues la cultura concierne al ambiente del hombre lo mismo que al hombre mismo. No es meramente aquello que hace a la vida digna de vivirse, sino que incluye todas las actividades características de un pueblo.⁵

Lo que es más, la cultura, en el sentido de este libro, no es solo el logro de nuestro mundo Occidental contemporáneo. Los antropólogos culturales nos han enseñado que aún cuando la civilización Occidental no había penetrado en un área dada, todo

4. *Cristianismo y Civilización*, Vol. II (New York, 1949), p. 129.

5. T. S. Eliot, *op. cit.*, pp. 26, 30.

pueblo primitivo tiene su propia cultura peculiar.⁶ En la medida en que el hombre resuelve sus problemas nutricionales, reproductivos e higiénicos al producir un ambiente secundario y lo transmite a la siguiente generación, en esa medida tiene una cultura. También están la costumbre, la tradición, el orden y la ley – todas estas son formas de sancionar la conducta humana. Además, puesto que el sustrato material ha de ser mantenido, toda cultura tiene también algún tipo de organización económica.⁷ La cultura, entonces, no pertenece exclusivamente a las así llamadas naciones *civilizadas*, sino que es la actividad del hombre como portador de la imagen de su Creador al formar la naturaleza para sus propósitos. El hombre es una criatura cultural, y la civilización es meramente el lado externo de la cultura.

Sin embargo, nuestra delineación negativa todavía no está completa. La cultura no es algo neutral, sin connotación ética o religiosa. El logro humano no ocurre sin propósito sino que busca alcanzar ciertos fines, los cuales son buenos o malos. Puesto que el hombre es un ser moral, su cultura no puede ser amoral. Debido a que el hombre es un ser religioso, su cultura también debe ser orientada religiosamente. No hay cultura pura en el sentido de ser religiosamente neutral, o sin valor ético positivo o negativo. Aunque la realización de los valores en una cultura puede parecer, en la superficie, estar interesada meramente con lo temporal y lo material, esto es

solamente apariencia, pues el hombre es un ser espiritual destinado para la eternidad, exhaustivamente responsable para con su Creador-Señor. Todo lo que hace está involucrado en el todo de su naturaleza como hombre. Ciertamente esto parece como si la búsqueda de valor estuviese dominado por el geocentrismo del hombre, el cual es puramente antropocéntrico, sin embargo hay una dimensión más profunda del ser del hombre, la cual está vitalmente involucrada en su actividad como criatura cultural. Esta cuestión es digna de un tratamiento separado.⁸ Podría preguntarse, dice Eliot, si la cultura no es la encarnación de la religión de un pueblo (*Op. cit.*, p. 26).

La cultura, sin embargo, no incluye a la religión. La noción de que lo hace es el error básico de prácticamente todos nuestros antropólogos culturales, cuyo hecho puede ser averiguado estudiando cuidadosamente cualquier otro estándar de antropología por autores tales como Vander Leeuw, Malinowsky y otros.⁹ También, Matthew Arnold da la impresión que la cultura es más inclusiva que la religión. Pero la noción básica que subyace en esta posición niega el Cristianismo y es completamente naturalista. Pues la posición del antropólogo cultural es que la religión es simplemente una proyección del espíritu humano, un intento por manipular lo oculto por medio de la magia, o, en cual-

6. E. B. Tylor, *Cultura Primitiva* (Londres, 1891).

7. Bronislaw Malinowski, *Una Teoría Científica de la Cultura y Otros Ensayos* (Imprenta de la Universidad de Carolina del Norte, 1944), pp. 36-40.

8. Véase el siguiente capítulo y la tercera parte de este libro en el cual esta presuposición básica será más ampliamente explicada y motivada.

9. Cf. John A. Hutchinson, *Fe, Razón y Existencia* (New York, 1956), p. 207, donde el autor sostiene que la cultura puede ser “diseccionada en partes significativas – ley, gobierno, religión, tecnología...”

quier caso, que el hombre crea a los dioses a su propia imagen, convirtiéndola así en un logro cultural. Esta es también la actitud general del religioso liberal, quien usa la religión para alcanzar las metas ideales del hombre tales como la paz del mundo, un mundo sin temor, un mundo sin necesidades, una sociedad bendecida de un tipo u otro en la cual todos los hombres son felices. “De esta manera la religión se ha convertido en una mera función de la comunidad o del estado... la religión está siendo considerada más y más como un mero medio hacia un fin más alto.”¹⁰

La razón por la cual la religión no puede ser resumida bajo la cultura es el hecho que mientras el hombre como un ser religioso trasciende todas sus actividades bajo el sol, la cultura no es sino un aspecto de la suma total de estas actividades y sus resultados al formar la historia. Aunque una cultura dada sí forma al hombre individual, no obstante el hombre, como ser cultural, precede a su cultura y es el creador de cultura. Pero la fe religiosa es necesaria para entender el destino humano. Y el hombre en su fe está pactalmente relacionado con un Ser que es trascendente, y, debido a esta relación pactal, la que constituye la verdadera religión, el hombre tiene un destino eterno, que trasciende la cultura. El significado de la vida no yace en la cultura como tal, sino que la cultura deriva su significado de la fe del hombre en Dios; nunca es un fin en sí misma, sino siempre un medio de expresar la fe religiosa de uno.¹¹ Por supuesto, debiese entenderse claramente que esta posición no niega la influencia de la cultura sobre la religión, la

cual es patente a cualquiera que esté al corriente con las variadas formas de adoración entre los Protestantes de diferentes países, y las muchas expresiones de religión en el paganismo. La religión ha desarrollado sus propias instituciones peculiares las cuales son formadas culturalmente, sus hábitos y costumbres, normas, dogmas de conducta, disciplina y lugares de adoración. Ha usado varias artes en la adoración como la música, la danza, la escultura y la arquitectura. Todo esto simplemente indica la relación cercana entre las dos, pero no da pie para clasificar la religión bajo la cultura.

Se torna ahora imperativo definir la cultura más positivamente. Brunner en sus conferencias Gifford usa los términos *cultura* y *civilización* de manera intercambiable, y en el lenguaje ordinario esta es una utilización aceptada. Sin embargo, *civilización* puede usarse en un sentido más estrecho cuando se utiliza para designar las “formas de vida social más avanzadas, quizás más urbanas, técnicas e incluso más antiguas.”¹² Sin embargo, es preferible hablar de cultura, distinguiéndola de civilización, la cual señala a un grado de

11. Emil Brunner, *op. cit.*, Vol. II, pp. 132, 133; cf. también B. E. Meland, *Fe y Cultura* (New York, 1953), p. 47.

Nota: El hecho que yo cite de las obras de estos teólogos, los cuales ambos, entre muchos otros a los que se refiere este libro, niegan la fe Cristiana ortodoxa, no implica mi aprobación de su teología, pero en esta materia formal del lugar de la cultura y la religión ellos están, a mi juicio, en lo correcto. Y hay muchas declaraciones de Brunner y Niebuhr *et al.*, con las cuales uno puede estar de acuerdo, hasta cierto punto, aunque uno rechace sus presuposiciones filosóficas y sus sistemas teológicos.

10. J. Gresham Machen, *Cristianismo y Liberalismo* (Grand Rapids, 1946), pp. 150, 151.

desarrollo cultural, como el esfuerzo humano total por sojuzgar la tierra junto con sus logros totales en cumplir la voluntad creativa de Dios. Cuando el gran Creador al final de su semana de labores declaró buenas todas las cosas, no las había producido hasta el punto de su realización perfecta. Sino que hizo al hombre su colaborador y Dios le bendijo y dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.” (Gén. 1:28) Además, Dios le dio al hombre el poder y uso de todas las plantas, árboles, animales y de toda cosa viviente. Y cuando Adán fue colocado en el Paraíso se le dio el mandamiento de arreglar (cultivar y labrar) y guardar el jardín de Edén. Después del diluvio, cuando Dios hizo su pacto con Noé y en él con toda la raza humana, leemos: “Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra.” (Gén. 9:1) Además Dios hizo al mundo animal para que sirviera al hombre, y le dio la prerrogativa de usarlo todo para el bien, restringiéndole solo en el asunto de comer alimento animal con la sangre. Y, al mismo tiempo, Dios instituyó una autoridad central para ejecutar a los asesinos de entre los hombres (Gén. 9:6). La Biblia también nos cuenta sobre el desarrollo cultural temprano en la familia de Caín, a decir, la edificación de una ciudad, la invención de instrumentos musicales, la espada, la vivienda movible. Naturalmente, la capacidad del habla no es el resultado de la cultura, pues la Biblia presenta al hombre como portador de la

imagen de Dios, quien ha recibido el don del habla junto con su condición de criatura. Sin embargo, esto no significa que el lenguaje no esté sujeto a formar culturales o que no haya espacio para el mejoramiento o el desarrollo, por ejemplo, en el arte de la oratoria y la persuasión.

Originalmente el término “cultura” no tenía la connotación amplia que hoy conlleva. Es un término derivado del latín “colere,” el cual significa simplemente la labranza o cultivo del suelo. Esta es la idea de la Escritura cuando leemos que Dios colocó a Adán en el Huerto para que lo “labrara.” Denota la labor otorgada sobre la tierra para prepararla para la siembra (Gén. 2:15). El hombre iba a trabajar persistentemente la buena tierra de manera que bajo la bendición de Dios pudiera producir su fruto. A esto le llamamos *agricultura*. También hablamos del cuidado de abejas como *api-cultura*, el de las aves como *avi-cultura* y el de los caballos, *equi-cultura*. Esta lista podría extenderse indefinidamente, en la medida en que el hombre ha traído el mundo de las cosas creadas bajo el cultivo y la explotación. Hoy usamos la palabra “cultura” con respecto a cualquier labor humana realizada sobre la creación de Dios en su sentido más amplio, incluyendo al hombre mismo (la cultura de la voz, el físico culturismo, etc.), por lo cual recibe formas históricas y es refinada a un nivel superior de productividad para el disfrute del hombre. La cultura, pues, es cualquier y todo esfuerzo y labor humanas gastados sobre el cosmos, para desenterrar sus tesoros y sus riquezas y traerlas al servicio del hombre para el enriquecimiento de la existencia humana y para la gloria de Dios.

Como tal, la cultura es siempre una

12. H. Richard Niebuhr, *Cristo y Cultura* (New York, 1951), p. 32; también Christopher Dawson, *Religión y Cultura* (New York, 1947), p. 47.

empresa humana. El animal no es una criatura cultural. Los animales no viven por ninguna otra ley que aquella del instinto, y esos instintos producen los mismos resultados perennemente y por siempre. Una ciudad es el producto de la cultura, pero una colmena y un hormiguero no son producto de la cultura. “Cualesquiera que sean las sorprendentes analogías con la cultura humana que puedan encontrarse en la vida de los animales – el embalse de los castores, el estado de las hormigas, el así llamado lenguaje y juegos de los animales – ellas son meras analogías y no comienzos de cultura y de vida civilizada. Ellas están todas vinculadas a las necesidades biológicas, como el alimento, la procreación y el abrigo. Solo el hombre puede trascender estas necesidades por medio de su imaginación creativa, y por la idea de algo que todavía no es pero debiera ser: por las ideas del bien, de la justicia, la belleza, la perfección, la santidad y la infinitud.”¹³

Debiésemos ser muy claros sobre esta distinción entre el hombre y el animal, especialmente por el hecho que se está volviendo muy común hablar del hombre como si este perteneciese al reino animal. No hay justificación para esto desde el punto de vista Cristiano y bíblico. Es cierto, claro, que los Padres Latinos hablaron del *animal rationale* (alma racional) y que la Biblia habla del hombre como un *ser viviente* igual como se refiere a los animales como *seres vivientes*, pero esto dista mucho de la forma de pensar naturalista y evolucionista en el que el hombre es considerado como una especie separada en el mundo animal, sobre la base de su similitud anatómica, fisiológica y biológica. Ciertamente

esta no es una forma de pensamiento, o de expresión sobre uno mismo, escritural, y ninguna cantidad de presión científica debiese llevar al hijo de Dios a este punto de humillarse ante el mundo. Esto no es meramente un asunto de hechos y observación, sino de verdadera interpretación lo cual es un asunto de fe.

Más bien uno deberían comenzar desde el otro extremo. El hombre es un ser espiritual, tanto está él constituido de esta manera que vive en relación pactal con el Creador. Él fue creado a la imagen de Dios. Como tal, es moralmente responsable por sus acciones y obligado por responsabilidad a buscar el bien; él es también racionalmente capaz de comprender el significado de la vida y obligado por responsabilidad a funcionar en el ámbito de la verdad; es una criatura cultural, uno que es capaz y llamado a re-crear, a re-producir, a formar artísticamente y a moldear la creación a su voluntad, obligado con responsabilidad a funcionar en el ámbito del poder, a buscar la armonía y la belleza y a tener dominio sobre la tierra. Esta criatura magnífica es una réplica, un análogo de la bendita Trinidad que le hizo. Así, el hombre como criatura racional refleja al Hijo eterno, quien es la Verdad, la Sabiduría y el Revelador de Dios. Como criatura moral, funcionando en el ámbito de lo santo, el hombre es un reflejo del Espíritu de santidad y de santificación, por medio de quien todas las cosas son inspiradas y vigorizadas. Y como criatura cultural el hombre es análogo al Padre, quien es Rey para siempre, quien creó el mundo por medio de su poder. Sin embargo, el hombre funciona en estas varias esferas en la unidad de su oficio, como representante de Dios. Así, el hombre fue colocado en este mundo creado para

13. E. Brunner, *op. cit.*, II, p. 127.

tener dominio en el nombre de Dios, para traer a su realización y plenitud este glorioso cosmos, para regir sobre todo a favor de la causa de Dios. Este era su oficio, su depósito, su obligación. Este oficio tiene tres facetas: profeta, sacerdote y rey, las que nunca pueden funcionar separadamente sino solo en unidad y concierto. Pues es el hombre como profeta quien conoce la verdad y como sacerdote quien ama a su Dios, quien es llamado como rey a sojuzgar el universo y a tener dominio sobre él.

Científicamente cuán patéticamente inadecuado, y religiosamente irresponsable, es llamar a esta gloriosa criatura, quien es un poco inferior a Dios (Sal. 8:5), y para quien los ángeles son espíritus ministradores (Heb. 1:14), un animal. Y simplemente es una defensa poco convincente decir, “bueno, hablando en términos de la zoolo-gía el hombre es un animal.” Esto es pura redundancia y, de cualquier forma, no tiene significado definitorio. El hombre puede tener un cuerpo similar al de un animal, puede tener funciones como las de los animales, pero hay un gran abismo entre el hombre y el animal y no puede trazarse un puente entre ellos. Brunner nos recuerda que “incluso donde el hombre está vinculado a las necesidades biológicas actúa en una manera que trasciende la mera utilidad y le otorga a su accionar un sello humano. Él no se “alimenta” como los animales, él come; ornamenta sus vasijas, sus instrumentos, su casa, establece y observa costumbres, explora la verdad indistintamente de la utilidad, crea cosas hermosas por el puro gozo de la belleza” (*Ibid.*, Vol. II, pp. 127, 128). El hombre vive por ideas e ideales; es una criatura de fe. Su espíritu trasciende lo físico y la necesidad biológica, y este espíritu es la fuerza formativa que crea

cultura.

Uno debiese también observar la diferencia entre los actos instintivos de un animal y los actos culturales del hombre. El primero permanece sin cambios de generación en generación, pero el hombre como criatura, haciendo historia, desarrolla su obra y a sí mismo en esa obra. Aunque puede haber alguna similitud externa entre el hombre y el animal, entre el esfuerzo cultural de uno y las labores instintivas del otro, son básicamente totalmente diferentes. El hombre es libre. El animal está limitado, está restringido por la ley del instinto. Una avispa, por ejemplo, ha estado picando a sus víctimas las orugas a lo largo de los siglos de la misma manera, pero un cirujano mejora sus métodos y sus herramientas con el tiempo; además él tiene la opción de ser aquel cirujano o un granjero, o cualquier cosa que él escoja. Las aves construyen sus nidos de acuerdo a un patrón que es instintivo, pero el hombre ha desarrollado sus métodos de construcción desde el refugio primitivo hasta las maravillas de la arquitectura que se encuentran a través del mundo. Y, como fue explicado arriba, los animales no tienen otra meta reconocible que satisfacer la necesidad biológica; pero el hombre tiene un propósito espiritual, él tiene un ideal cultural trascendente, y su misma cultura le revela como un ser que trasciende la naturaleza y lo temporal. Por lo tanto, es inconcebible que alguna parte de su cultura, a decir la ciencia en este caso, pueda definir al hombre en su esencia o su totalidad; pues la misma ciencia es una expresión del hombre, un aspecto de la transformación cultural que realiza a la naturaleza. El hombre como ser cultural crea la ciencia, pero la ciencia, en una de sus facetas, en este caso la biología, no

puede definir al hombre.

La cultura, debería observarse, es una empresa social; no es realizada en aislamiento, sino a través de la interacción y cooperación de los hombres en comunión. Claro, es posible para algunos Robinson Crusoes solitarios formar cosas y tener una forma de vida civilizada, pero fue capaz de erigir una tienda debido a su pasado entrenamiento cultural y a los muchos objetos culturales rescatados del naufragio. La familia es la unidad más pequeña y simple de la sociedad, y la fuente real de cultura. Si esta fuente permanece pura, la cultura del hombre es prometedor; pero si se contamina, todo el resto se volverá polvo y cenizas, puesto que el hogar es el fundamento de la estructura social entera. “Por lo tanto, no es la actividad espiritual impersonal,” dice Brunner, “no es la creación espiritual como tal, sino que es la formación de verdaderas relaciones sociales personales, lo que es la base de la verdadera cultura. Hay más cultura real en una vida familiar verdaderamente humana sin arte ni ciencia que en los logros más altos del arte y de la ciencia sobre la base de la vida familiar abandonada y las relaciones sexuales degeneradas” (*Ibid.*, II, p. 133).¹⁴ La cultura, entonces, abarca a todo el hombre, no meramente como un individuo, sino como miembro del organismo humano, y por tanto, en sus varias relaciones para con otros hombres, y en las diferentes instituciones que son así creadas, la institución del hogar, de la sociedad, con sus relaciones entre empleador y empleado, el capital y el trabajo, el comercio y la industria, la educación y la ciencia, la política y el

gobierno.

La cultura ha sido definida como humana y social. Un río es naturaleza, pero un canal es cultura; la capacidad del habla es naturaleza, pero un drama de Shakespeare es cultura; un caballo es naturaleza, pero un experto trotador es cultura; un cerdo es naturaleza, pero un berraco Duroc Jersey pura sangre que gana el listón azul en una feria es cultura; y así uno podría continuar. Sin embargo, como individuos que se encuentran a sí mismos dentro de la corriente cultural, somos formados por ella. La cultura es el ambiente secundario por el cual somos formados, y es ineludible. Esto está involucrado en el hecho que la cultura y la existencia social son inseparables. La cultura influencia al individuo a través de la costumbre, que es el aspecto social del hábito. Mientras más primitiva la cultura, más absoluta la autoridad de la costumbre. Sin embargo, ningún hombre es totalmente determinado por la costumbre en su cultura, puesto que él mismo es un agente moral, capaz de actuar y de formar cultura, de impregnarla con nuevas ideas e ideales, y de revigorizar su lánguido espíritu. Además, la variedad de patrones culturales no es meramente un reflejo de los variados tiempos y climas sino también un reflejo de la libertad del hombre como agente y como sujeto cultural.

Ya se ha mencionado, en nuestro esbozo negativo, que la cultura nunca es neutral, que debe ser patente a todos que la cultura está interesada en los fines. A la cultura le atañe el mundo de los valores y todas las “Culturas están irreductiblemente orientadas hacia los valores.”¹⁵ Pues no entendemos por cultura meramente la acción histórica del hombre y su poder

14. Cf. K. Schilder, *Christus en Cultuur* (Franeker, 1953), p. 73.

modelador al sojuzgar la tierra y traerla al punto de su fructificación plena, sino que la cultura también se llega a expresar en patrones definitivos de vida los cuales representan ciertos ideales. Claro, los Griegos nos proporcionan un excelente ejemplo de cultura en este sentido. Ellos hablaban del alma bella en el cuerpo bello como el propósito más alto de la cultura humana. Eran Humanistas y paganos, totalmente orientados a este mundo en sus aspiraciones culturales. Así también, el hombre moderno, ya sea consciente o inconscientemente, está buscando el hombre perfecto en la sociedad perfecta, y al final, esta sociedad debe tener como hábitat un mundo perfecto, el cual está siendo preparado por la ciencia moderna. Los fines que el hombre visiona en su esfuerzo cultural trascienden lo biológico, lo económico y lo puramente social, en vista del hecho que el hombre es un ser moral y espiritual.

En este sentido la cultura tiene una perspectiva que trasciende al hombre, una zona que se extiende hacia lo divino.¹⁶ Niebuhr dice que no solamente concebible sino también evidente que los hombres en su cultura laboran y producen por motivos que trascienden la existencia humana (*Op. cit.*, p. 35). Es especialmente cierto de los primitivos que la cultura para ellos es una actividad sagrada, un ejercicio en la esfera de la religión.

Hay en realidad una sensibilidad en el esfuerzo cultural del hombre natural, un sentido de deidad, incluso una añoranza

por las cosas del espíritu. Sin embargo, en su condición apóstata, las demandas de vida y la tendencia pragmática de hacer todo para su propio placer son tan grandes que la cultura tiende a convertirse en un asunto totalmente centrado en este mundo. De allí que podamos decir que la cultura apóstata en todas sus formas esté interesada con lo temporal y la realización material de valores. El hombre busca realizar en este mundo aquello que es bueno para sí mismo como un ser en el tiempo. Él transforma la naturaleza, usa los animales y los objetos culturales no meramente para satisfacer sus necesidades básicas, sino también para estampar su idea e ideales sobre la materia. Él tiene un anhelo por la verdad, la belleza y la bondad y expresa este deseo en la música, la poesía, la pintura, y da expresión a sus aspiraciones culturales edificando catedrales, mezquitas o pagodas. Tiene visiones de orden y justicia y las expresa en leyes escritas, gobiernos organizados y un vivir diario ordenado. Sin embargo, el impulso cultural en el hombre no se satisface con suplir de comodidades modernas a la existencia humana, de proporcionarle entretenimiento y diversión al hombre. Como se dio a entender arriba, el hombre se afana por ser el amo del mundo, el soberano de todo lo que examina, el rey del universo; él quisiera ser señor y soberano sobre todo lo que existe bajo el sol.

Ahora debería ser claro que la respuesta bíblica es la única que explica este impulso y este sentido de llamado en el hombre moderno. Pues la cultura es el cumplimiento del proceso de modelado con propósito de la naturaleza en ejecución de la voluntad creativa de Dios.¹⁷ El hombre como criatura cultural es un análogo del gran Arquitecto y Artista del universo. Por

15. John A. Hutchison, *Fe, Razón y Existencia* (New York, 1956), p. 209.

16. C. A. Van Peursem, *Cultuur en Christelyk Geloof* (Kampen, 1953), p. 48.

lo tanto, el hombre como criatura es un obrero con Dios en el proceso de traer la creación a su plena realización. Claro, él no es un cooperante, ni tampoco es un tonto ciego. El hombre es un instrumento quien es consciente de lo que está haciendo. Pero debido a la caída del hombre en el pecado, no está más dispuesto a admitir las demandas de su creador o a servir a Dios. Sin embargo, los resultados del pecado deben esperar para una posterior discusión, pero es debido a la caída del hombre que su cultura es apóstata y se halla en un estado de crisis continua. Pero, la cultura como tal, es un don de Dios al hombre lo mismo que una obligación. Los Alemanes tienen una frase para ello, *Gabe und Aufgabe*. Así, el hombre fue de una vez siervo e hijo. El hombre permaneció en esa relación para con su Hacedor, en la cual conocía a Dios como su amigo, y le amaba como su Padre. Al mismo tiempo había recibido dominio sobre todo el mundo creado de Dios, para ser señor y amo en nombre de su Dios. Para este fin él había de poblar la tierra con su especie y cultivarla. Este no era un asunto de preferencia sino de precepto divino y penetró en la misma constitución del hombre, de manera que el hombre es esencialmente un ser cultural. El impulso cultural, la voluntad de regir y de tener poder es increado. Este no es demoníaco, o satánico, sino divino en su origen. Ciertamente es que los hombres pueden hacer mal uso y abusar del poder después de la entrada del pecado en el mundo, pero decir con Lord Acton que todo el poder corrompe y que el poder absoluto corrompe absolutamente, lo cual se cita promiscuamente por hombres

que deberían conocer las Escrituras, no es sabiduría sino locura y confusión. Pues el poder pertenece al hombre en virtud de su creación como una criatura cultural. Él fue hecho para funcionar en el ámbito del poder y para desarrollar su poder a su más alto potencial – ¡para Dios, claro! ¡Y allí está la fricción! Los hombres olvidan continuamente el original divino en el Paraíso y dan por sentada la condición del Paraíso perdido como normativa.

Sin embargo, si uno va a apreciar verdaderamente el significado de la cultura y su importancia suprema para la raza humana, uno no debe olvidar que el instinto y llamado cultural del hombre no pueden nunca ser divorciados de su relación de pacto con el Creador. Pues en aquel pacto, el cual llamamos religión, el hombre fue llamado a amar al Señor con todo su corazón, alma, mente y fuerzas. Pues el hombre, la criatura cultural, es también el profeta de Dios, quien debe hablar la verdad concerniente a la realidad y proclamar la gloria de su Hacedor. Él también era un sacerdote para su Dios, llamado a vocalizar la alabanza de su creador y decir a toda la creación, inanimada y animada: “¡Mi Dios, cuán maravilloso eres Tú!” Es decir, el desarrollo del hombre, tanto de la naturaleza como de sí mismo, no era para él mismo sino para Dios, y para su gloria. “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos.” (Rom. 11:36)

Sin anticipar un punto que ha de desarrollarse en el Capítulo Cinco, puede observarse que, cuando las obras del hombre pierden su meta final, ellas no pierden su carácter cultural, sino que pueden ser designadas como cultura apóstata, puesto

17. Leon G. Wencelius, “La Palabra de Dios y la Cultura” en *El Mundo de Dios y la Fe Reformada* (Grand Rapids, 1942), p. 160.

que se ha perdido la verdadera dirección de la labor del hombre bajo el sol. Entonces, en el estado de rectitud, el hombre tiene el impulso (voluntad), el llamado (deber), el privilegio (oportunidad), pero también el poder (capacidad) para ejecutar el mandato creativo de Dios. El hombre era motivado por el amor para ejecutar la voluntad creativa de Dios. Por el pecado él ha perdido esa motivación y en consecuencia la meta de su cultura se pervirtió. En lugar de servir a Dios ahora él se sirve a sí mismo. ¡Esto es idolatría y rebelión! En todo lo que hace él vive en pecado, de manera que hasta el trabajo de labranza del impío es pecado (cf. Prov. 21:4, Versión King James). Pues él vive en enemistad contra su Hacedor, es un rebelde en el ejército real, un furtivo en el bosque real; pues no está dispuesto a dar lo que es debido al Creador, por tanto la suya es una cultura apóstata. Pero en Cristo todas las cosas son reconciliadas con el Padre (Col. 1:14), incluyendo la cultura. Cristo es el gran renovador de la vida; él restaura la verdadera religión. La cultura, en palabras de T. S. Eliot (*Op. cit.*, p. 30), la cual “religión vivida” es también restaurada puesto que es la forma que la religión toma en las vidas de los hombres.¹⁸

18. Paul Tillich, *La Era Protestante* (Chicago, 1948), p. 57.